



De brujas y princesas: la literatura de la infancia y los estereotipos de género

Por Nadia Fink¹



En el universo de la Literatura Infantil (o la Literatura para niños y niñas), el enfoque de género va cobrando fuerza a la par que se ponen sobre la mesa, se discuten y se visibiliza la violencia contra las mujeres (#Niunamenos), cómo crece la convocatoria a los Encuentros de Mujeres (que llevan más de 30 años) y también, a medida que se ganan las calles, que se suman las leyes a

1

Y sobre todo, porque desde hace diez años –y aunque en algunas escuelas se oculte, no se fomente o, simplemente, se ignore– existe la Ley 26150, Programa Nacional de Educación Sexual Integral (ESI), que implica la “promoción de una educación para una sexualidad responsable desde una perspectiva de género, incluyendo además aspectos de la diversidad sexual. También se apunta a la prevención de los problemas de salud – en particular de la salud sexual y reproductiva–, reconociendo a los estudiantes como sujetos de derecho”. Hay que destacar que esta Ley está implementada en todos los niveles, incluyendo el Nivel Inicial.

¹ Autora de las colecciones Antiprincesas y Antihéroes y parte de la editorial cooperativa Chirimbote.



¿Y por qué pensar todo esto si hablamos de Literatura Infantil? Porque nuestro proyecto editorial (que incluye las colecciones Antiprincesas y Antihéroes) resulta difícil de definir por fuera de este cambio de paradigma sociocultural; y, muchas veces, complejo para clasificar: ¿se trata de cuentos?, ¿relatos biográficos?, ¿historias de vida? Lo cierto es que surgieron con la idea de romper con los estereotipos que arrastraban los cuentos clásicos y de conocer, de manera cercana, la vida de mujeres y hombres de nuestra historia latinoamericana. En ese sentido, como muchas autoras y muchos autores, concebimos una literatura comprometida con su tiempo, y hacemos un esfuerzo por recuperar la cultura de los pueblos. Pero también, en constante intercambio con el sentir de las infancias, que nos enseñan cada día.

Nos resulta difícil que pueda estructurarse en un género porque nuestra idea original es que, más allá de relatar la vida de personas reales, fueran sobre todo cuentos que quieran contarse o leerse una y otra vez, por eso nos animamos a jugar con las formas del relato y de su presentación gráfica, como desarrollaremos al final.

2

Y colorín, colorado...

El abordaje de los cuentos tradicionales, sobre todo en los profesorados, suele realizarse desde la psicología, que los tomaba como una herramienta para que las niñas y los niños elaboraran los miedos que surgen en la primera infancia. Así, la muerte, los lobos, la separación de padres y madres fueron tomados como metáforas de los temores por superar en esos años tempranos. Más allá de esta mirada, lo que nos interesa en estas páginas es pensar de qué manera estos cuentos tradicionales, o de hadas –hoy más conocidos como “de princesas”– aportan a profundizar los estereotipos de género. Por otro lado, en la actualidad, durante los primeros años de escuela se siguen trabajando los cuentos clásicos, con una mirada que, en general, queda a criterio de la docente.

Sabemos que desde la industria Disney, estos cuentos han sido revisitados en numerosas ocasiones. Es innegable que en la actualidad se desarrollaron princesas más *aggiornadas*, más activas o que intentan romper con algunas reglas (pensemos en Mérida de *Valiente*), por un lado, hay constantes que no se modifican: siguen siendo



adolescentes con medidas cercanas a las de una modelo y con rasgos perfectos, no alteran sus rasgos clásicos por más que pertenezcan a otros continentes o etnias y, en general, terminan aceptando el destino que se les tenía dado (ser princesas, o reinas, enamorarse, casarse, etc.) y son adolescentes eternas sin que se trabaje la maternidad; otro lado, a pesar de la aparición de estas nuevas princesas, el *merchandising* (disfraces, muñecas, juguetos de cocina, collares, stickers, etc.) sigue siendo, en su mayoría, basado en las princesas clásicas: Blancanieves, Cenicienta, Bella (*La Bella y la Bestia*), Aurora (*La Bella Durmiente*)...

Desde ese punto de partida, repensamos los estereotipos, y desarrollamos ciertas premisas que se repiten en la mayoría de los cuentos e historias:

* La quietud de la espera: Hay, en el esperar que alguien salve a la princesa, una idea que se propaga silenciosa: la de aguardar a la persona ideal, la de esperar ser rescatadas para cumplir un sueño, para salir de una historia que no conforma, que no gusta. La necesidad de “ser rescatadas” implica una pasividad por parte de las mujeres, que no pueden salir a buscar su propio destino: el rey y el príncipe decidirán por ella.

* La bondad como tolerancia: El ser buenas es una característica distintiva de las princesas (de hecho, es lo que las llevará a que puedan gobernar un reino con paz y justicia). Por eso soportan todo: gritos, castigos, desprecios, intentos de asesinatos... el enojo, la reacción están sujetos a características asociadas a “las malas”, esas mujeres inteligentes y decididas.

*El legado familiar: Cumplir el mandato que viene de la familia es el destino de toda princesa: por herencia de sangre, y no por mérito propio, se convertirá en reina alguna vez, pues nació con el destino de perpetuar el poder de la familia y, en ese contexto, cualquier deseo propio le es negado. En ese sentido, el desarrollo del propio deseo, del talento distintivo de cada persona, quedan un tanto marginados. La realización personal y el empoderamiento de cumplir el propio sueño quedan sujetos ya no a una construcción más colectiva, sino a cumplir un deseo ajeno impuesto desde el nacimiento.



*La relación entre las mujeres: Pocas son las mujeres que se vinculan sanamente entre ellas en los cuentos de hadas; y si repasamos las que existen, la mayoría son relaciones conflictivas: madrastras que quieren asesinar a la hijastra por su belleza, o que las obligan a servirles, hermanastras envidiosas y peleadoras, madres que enfrentan a su hija por rebeldes, brujas que les niegan la identidad escondiéndolas en una torre. Eso que se llama “sororidad”, y que tiene que ver con la solidaridad, el reconocimiento mutuo y colectivo entre mujeres, brilla por su ausencia. Contra esa realidad que vemos cotidianamente (las mujeres reuniéndose a través de la historia en la lucha colectiva, compartiendo el cuidado de hijas e hijos, realizando proyecto grupales, acompañándose ante los golpes de la vida), en los cuentos tradicionales y en las películas de princesas las mujeres rivalizan, se ponen obstáculos, se envidian.

*Princesas, madres, madrastras, brujas: Esos parecen ser los modelos clásicos de mujeres que aparecen en los cuentos. Las primeras, bellas, perfectas, bien vestidas e impecables siempre; las madres –muertas o vivas y compenetradas en sus papeles de reinas– representan a simple vista el reflejo de la belleza “real” que heredó esa hija, las madres presentes son bondadosas y tolerantes al extremo, representan la escucha y son reflejo de la institucionalidad dentro de la familia; las madrastras, quienes suelen ser malas, malísimas, que nunca intentan proteger ni cuidar de esa hija que no les pertenece por sangre (sobre todo si se piensa en las numerosas familias ensambladas que pululan en nuestra sociedad, para quienes no se encontraron nombres nuevos a esas relaciones y llamar “madrstra” a la nueva compañera del papá o de la mamá siempre suena a mujer mala y perversa), sin embargo son quienes generan la acción, piensan planes, siguen sus sueños (aunque sean de poder) y recurren a su inteligencia para hacer el mal; y las brujas son esas mujeres viejas y deformes que usan sus poderes ancestrales para lastimar, generar caos, matar. ¿Dónde están, en esas historias, las yuyeras, las curanderas, las mujeres sabias del campo, el pueblo o las tribus, que ayudaban a parir, que curan con emplastos, que tiran el cuerito?

*El hombre como proveedor, salvador o cómplice: Justo en el lado opuesto al lugar de las mujeres se encuentran los hombres: príncipes, compañeros, padres-reyes... a ellos



les toca, en general, tener el rol activo de salvar, transitar aventuras, ir en busca de su destino. Además, hay otros roles, que no son solamente el del príncipe. El padre-rey, quien suele consentir a la niña mimada y defenderla de la tiranía de la madre o, bien, caer en las garras de alguna mujer malvada, que deviene en madrastra, y ese padre permite abusos y violencias contra su hija. También existe el personaje gracioso, ocurrente, o bien el amigo enamorado silenciosamente: todos ellos serán varones, que se permitirán el humor y la bondad vinculados a la acción; además de acompañar a la princesa, ser cómplices o compinches.

*La frustración del final feliz: El “fueron felices y comieron perdices” aguarda el colofón de cada cuento o película. ¿Y de qué se trata? Es llamativo cómo este final feliz apunta a dos situaciones: la felicidad individual o intrafamiliar del casamiento, la conformación de una familia, y la continuidad de ese legado que se hace tan imprescindible para sostener el orden establecido: la niña princesa o reina que cumplirá su misión para el bien de la familia y regocijo de la sociedad.

Sin embargo, ¿qué implica, además, ese final feliz? Porque nunca pudimos asomarnos al castillo en el que reside la feliz pareja, no sabemos cuánto habrán durado las perdices en buen estado ni la bondad del sometimiento... Es en este punto donde añorar, de parte de las niñas, esos príncipes azules y esos finales felices puede generar frustraciones. Si hay algo que aprendemos desde pequeñas es que la vida es cíclica: que hay días buenísimos en los que hay sol, y una rica comida y en el colegio nos tocó leer el cuento que tanto nos gusta, y ganamos el partido en el recreo; y hay otros más tristes, donde se nos muere un ser querido, o una mascota, o simplemente llueve y el ánimo no acompaña; hay días de rabia, donde todo nos sale mal y en casa hay mal clima porque la plata no alcanza, y hay otros de alegrías, donde el festejo de un cumpleaños se prolonga hasta el amanecer y al otro día nos dejan faltar a la escuela. Que un cuento nos hable de los devenires cotidianos, nos ayuda a que esa felicidad deje de ser inalcanzable para pasar a ser parte de algo que se puede conseguir de a ratos, algunos días, y que no hay que perseguir como meta única y perdurable.



Preferimos ser brujas a princesas

Pensando en los cuentos que trataron de abordar las historias desde otros lugares, contra lo clásico de los cuentos, encontramos al siempre rupturista e imaginativo Roald Dahl, que nos decía en 1982, desde su *Cuentos en verso para niños perversos* “¡Si ya nos la sabemos de memoria!’, diréis. Y, sin embargo, de esta historia tenéis una versión falsificada, rosada, tonta, cursi, azucarada, que alguien con la mollera un poco rancia consideró mejor para la infancia...”, cuando realizaba su particular visión de “La Cenicienta”. En esa línea, y venidos desde la lejana Europa, que nos mostró sangre real y castillos, encontramos *La cenicienta rebelde*. Editado en España (en la Argentina por ediciones SM), en 1997 Ann Jugman contaba sobre Clementa, una niña que evitaba los bailes para correr descalza y trepar a los árboles. En esas andaba cuando se cruzó con el Príncipe Encantado, triste porque lo obligaban a cumplir su destino en lugar de compartir los mismos gustos de Clementa.

6

Como decíamos al principio, este interés va de la mano de contar la historia de otra manera, en un contexto que da cuenta de que los estereotipos son formas de violencia de género. En ese sentido, nuestro aporte llegó de la mano de la mano de la colección Antiprincesas, allí decidimos contar biografías de mujeres reales, que dejaron una huella en la historia y trabajar lo narrativo en infancia implica romper con una doble invisibilización: por un lado, cortar con la idea de Literatura Infantil y Juvenil como un género menor y, por otro, la forma en que se aborda la vida de las mujeres, sus biografías. No sólo porque son menos visitadas que la vida de los hombres, sino también porque en muchas ocasiones se las aborda desde el lugar que ocuparon junto a un hombre, o relacionado con los amores (o desamores) que pasaron por sus vidas.

Esa fue la premisa con la que empezamos a trabajar estas historias que se oponían, naturalmente, a las princesas: contra la quietud de la espera, mujeres que salieron a buscar su destino; contra la obligación del legado familiar, mujeres que rompieron con los moldes de su época; contra la obligación de la maternidad o la vida familiar, mujeres que decidieron ser madres o no, que tuvieron amantes, en algunos casos mujeres u hombres, que le pusieron el cuerpo a una batalla o que se quedaron solas con sus hijos e hijas, y



decidieron seguir creciendo; contra los finales felices individuales, mujeres que construyeron colectivamente e intentaron aportar a la creación de un mejor mundo para muchas y muchos más.

También consideramos importante el lugar que ocupa el deseo en los relatos que transmitimos a chicas y a chicos, y cuando hablamos de deseo pensamos en la relación de las chicas con su propio cuerpo y los de los demás, pero también con el seguir un sueño, superar miedos y trabas o empoderarse a través de descubrir la pulsión propia. Poder encontrar el lugar que queremos ocupar en el mundo, saber que construir con otras y otros potencia nuestro propio devenir, poder realizarse a partir de la acción, del trabajo, para dejar así de lado el lugar pasivo y dependiente que a veces trata de imponerse; es un horizonte posible para generar (y desde donde se generan) infancias más libres.

En relación con el cuerpo, consideramos que, en oposición a cuerpos perfectos, torneados, y puestos a disposición del deseo ajeno, hablar de cuerpos rotos (como en el caso de Frida Kahlo) o imperfectos (como en el caso de Violeta Parra y todas las antiprincesas) que buscan la felicidad y gozan y se alegran, es poner de relieve la forma cotidiana que tenemos de representarnos y de vivir contra los estereotipos que intentan encasillarnos, frustrarnos y, por lo tanto, achicarnos la mirada y las posibilidades de desarrollarnos plenamente.

Aportar otros puntos de vista a la infancia, ese momento de experimentación en el que todo es posible, significa ayudar a que la mirada se abra y que nada sea considerado como “normal” o “aceptable” sino, más bien, generar alternativas para las numerosas formas de vivir el cuerpo, el deseo, los géneros.

Leer a los saltitos

Y en el camino de pensar estas nuevas infancias, es inevitable detenerse en lo que significa el soporte papel para las generaciones actuales y, por qué no, futuras: con el auge de las nuevas tecnologías, invitar a leer a las niñas y niños pareciera resultar una utopía. Sin embargo, y sobre todo en la primera infancia, el tocar, hojear, mirar imágenes sigue siendo un estímulo al que reciben con mucho gusto. El afán de repensar a las



nuevas generaciones, tratar de, como adultas y adultos, poder hacer un esfuerzo para comprender cómo incorporan el conocimiento, implica desandar nuestras propias creencias y prejuicios. En una generación nacida y criada en la imagen, es importante trabajar sobre ella, para que, justamente, no sea patrimonio de las grandes industrias, ni de quienes cuentan la historia oficial, hegemónica. Utilizar la imagen para desandar estereotipos en cuanto a formas, colores, estilos de pelo o de vestimenta, es indispensable para construir nuevas (y múltiples formas) de ser niñas o mujeres.

Insistir con la innovación relacionada al diseño de libros es un desafío y un camino para transitar, en un mundo donde las chicas y los chicos incorporan el conocimiento a partir de múltiples lenguajes e informaciones simultáneas (pensemos en alguien que hace la tarea: es posible que esté con la televisión prendida, mientras juega un juego, tiene el cuaderno abierto y manda un mensaje a un amigo o amiga), tal vez la lectura lineal, de izquierda a derecha y que refleja la ilustración en otra página no sea recibida con entusiasmo. De ahí la idea de construir otras formas de llamar la atención: emular en la hoja ese lenguaje con múltiples estímulos y ventanitas, para leer a los saltitos. También pensamos en la lectura en voz alta, que se realiza desde la familia o desde la escuela: las mascotas que interrumpen y preguntan en nuestros cuentos se relacionan con esa niña o ese niño preguntón que siempre está delante de quien cuenta. Así, la interrupción se suma al relato, al diálogo.

Y llegamos acá a la pregunta inicial: ¿En qué género podemos encajar a estas historias? Creemos que, más allá de que son claramente biografías, nos esforzamos en pensar cuentos: narraciones que las chicas y los chicos tengan ganas de leer una y otra vez.

El desafío está abierto: desde los temas que abordamos para pensar infancias más libres, nuevas infancias donde los géneros puedan ser vividos con mayores libertades y menos presiones, donde el rol de la mujer se acerque más a los esfuerzos cotidianos por repensarnos, por vivir vidas plenas, por luchar contra las violencias y las opresiones; hasta las formas en que decidimos contar esas historias para nuevas generaciones que piensan de manera más aleatoria que nuestras formas lineales de estudiar o de leer y hasta de conversar. Pero el desafío más grande resulta, quizá, que como adultas y



adultos tengamos la capacidad de escucha para atender a sus necesidades y deseos, como para contarles abiertamente que todo lo que hacemos significa “ensayo y error”, que vamos aprendiendo junto a ellas y a ellos, que las equivocaciones no son el final de nada, sino la posibilidad de un nuevo comienzo con conocimientos nuevos y aprendizajes siempre en movimiento. Pensarlas y pensarlos libres significa, también, repensar nuestras libertades en este día, y cada día.